

Isaías 53:9

Isaías 53: 9

Como hablamos la vez pasada de la muerte del Salvador después de su horrible sufrimiento y agonía en la cruz, pasemos esta noche a considerar la sepultura del Hijo de Dios. Oímos la vez pasada cómo, por medio de la muerte, Dios quitó a su fiel siervo de la opresión y el juicio. Pero aún la muerte no quitó la furia de los enemigos de Cristo. Había los que eran más o menos neutrales, quienes, como el centurión romano, fueron convencidos por las señales que acompañaban la muerte de Jesús de que Jesús era, realmente, el Hijo de Dios. Pero fueron pocos los que tenían esa opinión. Los que habían gritado, crucifícale, crucifícale, pensaban seguir tratando a Jesús de la manera más vergonzosa e ignominiosa posible. Considerando esto, la sepultura de Cristo tiene elementos sorprendentes, casi inexplicables, excepto por la interpretación profética de Isaías en nuestro versículo. Queremos ver esta noche la sepultura de Jesús. I. Los planes de los enemigos. II. El plan de Dios. III. Por qué el Cristo fue sepultado entre los ricos.

Nuestro texto indica que los enemigos de Jesús tenían planeado seguir maltratando a Jesús en el mayor grado posible aún después de su muerte. “Y se dispuso con los impíos su sepultura”. Lo que eso quiere decir es que aún después de su muerte la rabia de la muchedumbre, y especialmente de los principales sacerdotes de los judíos era tanto, que le iban a rehusar una sepultura honorable a Cristo. Como lo habían ya condenado en un proceso fraudulento, como lo habían llevado a la muerte más vergonzosa y dolorosa que se puede imaginar, y le habían colgado de la cruz entre los criminales más vergonzosos, ahora pensaban darles también la sepultura de un criminal.

La costumbre de aquel tiempo era que un criminal no recibiría una sepultura honorable. O sería dejado para deshacerse en el campo, al aire libre, sin sepultarlo, o, lo sepultaron todos juntos en una fosa común sin identificación y sin el menor respeto. Aun después de morir, consideraban el cuerpo de Jesús algo inmundo, algo que contaminaría la tierra. Moisés había mandado: “si alguno hubiere cometido algún crimen digno de muerte, y lo hicieréis morir, y lo colgareis en un madero, no

dejaréis que su cuerpo pase la noche sobre el madero, sin falta lo enterrarás el mismo día, porque maldito por Dios es lo colgado; y no contaminarás la tierra que Jehová tu Dios te da por heredad”.

Y los a quienes no les importaba en lo mínimo juzgar y condenar a muerte a un inocente, ahora estaban en extremo rígidos en aplicar la ley en todo su rigor. “Entonces los judíos, por cuanto era la víspera de la Pascua, para que los cuerpos no quedasen en la cruz en el sábado, pues era el gran día del sábado, rogaron a Pilatos que se les quebrasen las piernas, y fueren quitados”.

Allí se ve claramente que seguían clasificando a Cristo con los malhechores, como desde el principio, y que le iban a dar la misma sepultura de los criminales. “Se dispuso con los impíos su sepultura”. Y aunque hasta este punto todo iba según sus planes, de repente cambió su suerte y algo completamente contrario a lo que habían pensado sucedió. El que parecía destinado a una fosa común de los criminales recibió una sepultura honorable. “Más con los ricos fue en su muerte”.

Sucedió de esta manera: “Y cuando fue la tarde, porque era la preparación, es decir la víspera del sábado vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, el cual era senador, varón bueno y justo, (el cual no había consentido en el consejo ni en los hechos de ellos), el cual también esperaba el reino de Dios. Era discípulo de Jesús, más secreto por miedo de los judíos. Éste osadamente entró a Pilatos, y pidió el cuerpo de Jesús. Y Pilatos se maravilló que ya fuese muerto. Y enterado del centurión, dio el cuerpo a José. Entonces vino, y quitó el cuerpo de Jesús, y vino también Nicodemo, el que antes había venido a Jesús de noche trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras. Tomaron pues el cuerpo de Jesús, y envolviéronlo en lienzos con especias, como es costumbre de los judíos sepultar. Y en aquel lugar donde había sido crucificado, había un huerto; y en el huerto un sepulcro nuevo, (el sepulcro nuevo de José que había labrado en la peña), en la cual no había sido puesto ninguno. Allí, pues, por causa de la víspera de la Pascua de los judíos, porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús. Revolvieron una gran piedra a la puerta del sepulcro, y se fueron”.

Notemos el cuidado y cariño con que está tratado ahora el cuerpo de Jesús. Le pusieron como cien libras de un compuesto de mirra y áloes para embalsamar el cuerpo. Envolvieron cuidadosamente el cuerpo con el lienzo de costumbre.

Luego le pusieron a Jesús en un sepulcro labrado en la peña, el cual había sido hecho para ser el lugar de descanso para el mismo José de Arimatea. Aparte de las bancas de piedra en que pusieron los cadáveres, había en esas tumbas una corte de nueve pies a la entrada, en donde podrían embalsamar el cuerpo. Se ve entonces el trabajo requerido para hacer una de esas tumbas en la roca, y el costo de preparar una. Ciertamente son solamente los más ricos que podrían recibir sepultura en una de esas tumbas. Y no es por accidente que los Evangelios llaman a José de Arimatea “hombre rico”. “Más con los ricos fue en su muerte”.

Solamente un detalle más de la sepultura de Jesús. Oímos que José siempre había sido discípulo de Jesús, más secretamente por miedo a los judíos. Ahora oímos que vino osadamente, eso es, abierta y atrevidamente, para pedir el cuerpo de Jesús. El que antes de su muerte había sido abandonado totalmente por los hombres, por sus discípulos, por Dios mismo, ahora en su muerte recibió honores abiertamente de dos de los más destacados hombres entre el pueblo judío. Hecho notable, realmente.

¿Por qué este gran cambio en el trato de Jesús? Primero queremos corregir la traducción de nuestro versículo. Donde dice aunque, mejor sería porque. Entonces vemos que expresa la razón por la que todos los planes de los judíos fracasaron. “Porque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca”. El que había muerto no era criminal, era inocente.

Jesús había dicho a Pilatos: “Ninguna potestad tendrías contra mí, si no te fuese dado de arriba”, eso es, por Dios. Y cuando estaban venciendo los enemigos en todos sus designios contra Jesús, es porque Dios mismo estaba en contra de él. Cuando Jesús fue castigado como un criminal y condenado a la muerte, es que Dios mismo lo había hecho un criminal, poniendo sobre él todos los crímenes y pecados de nosotros. “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”. Y mientras quedaba sobre Cristo la ira de Dios por nuestros pecados, él fue herido y molido, angustiado y afligido, oprimido y juzgado. Pero tan pronto que se acabó la ira de Dios, cambió su suerte. Siendo ya pagado el

castigo de nuestros pecados, habiendo destruido nuestra culpa y transgresión en la cruz, Dios ya quitó a su Hijo del poder de los hombres mediante la muerte. “De cárcel y de juicio fue quitado”. Y si los pecados ya fueron pagados y borrados, Dios no iba a permitir más ignominia, más sufrimiento, más indignidades ni contra el cadáver de su Hijo. De modo que, ¡hasta ya en su sepultura hay esta nota de triunfo! “Se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte”. Fue la manera en que el mismo Dios que había dejado toda su ira derramarse sobre él, ahora dio testimonio del hecho de que él mismo había sido sin culpa, inocente, que fue por el pecado ajeno, por los tuyos y los míos, que Jesús había sufrido.

Y este testimonio es importante. Dice la escritura: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. Cuando Cristo sufrió, fue por nuestros pecados. El hecho de que la manera de su sepultura revela que Dios juzgó que él no había merecido ese castigo por su propia conducta, sino que “nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca”, es de supremo consuelo para nosotros. Como nuestros pecados y culpa fueron atribuidos a Jesús, y el castigo pagado por él, de la misma manera la perfecta obediencia de Cristo es aplicada a nosotros. Nosotros somos “hechos justicia de Dios en él”. Lo que realmente pertenecía a Cristo es ahora posesión nuestra. Por la misericordia de Dios lo que dice aquí de Cristo es el veredicto de Dios sobre nosotros, y Dios nos tratará como si nunca hubiéramos hecho maldad, como si nunca hubiera engaño en nuestra boca. Eso es lo que Cristo, nuestro sustituto en el castigo, obtuvo para nosotros. Este es el consuelo y ánimo que su sorprendente sepultura trae para nosotros.

Y como quedaron frustrados los enemigos de Cristo en su sepultura, nuestros enemigos igualmente fracasarán. Oye el testimonio del glorioso pasaje en la Primera Epístola de Pablo a los Corintios: “Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, o muerte, tú aguijón? ¿Dónde, o sepulcro, tu victoria? Ya que el aguijón de la muerte es el pecado y el poder del pecado, la ley. Más gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Amén.